

Ausencia y soledad

Sin ausencia ajena no hay soledad propia, y sin propia soledad no hay ausencia ajena. Ahora bien, la ausencia trasfigura nuestra soledad acompañándola simbólicamente, mientras que nuestra soledad trasfigura la ausencia recordándola fielmente. De esta guisa, la ausencia y la soledad destilan nuestra relación interhumana.

Como decía Unamuno, la soledad me hace pensar en la ausencia, ausencia que purifica mi pensamiento, recuerdo y (con)vivencia. Curiosamente la lejanía acercaría afectivamente lo alejado. Una serie de poetas, desde los clásicos hasta nuestros días, nos hablan paradójicamente de la lejanía como acercamiento afectivo, y de la cercanía como cerco efectivo.

La dialéctica o dualéctica entre soledad y ausencia, ausencia y soledad, reaparece en A. García Calvo como propia de un «amor que cría ausencia». Pero el amor que cría ausencia es un amor humano y no animal, cultural y no natural, estético y no astético. En el trasfondo subyace en tal amor humano el propio anhelo del ajeno anhelo, definiendo así el amor como aspiración: a la vez inspiración y espiración, salida de sí y retorno a sí, dialogía de ida y vuelta, respiración universal.

Un tal amor no se nutre meramente de la risa clásica, símbolo de la libido, sino de la sonrisa romántica, símbolo del eros. El mismo Cioran en su *Libro de las quimeras* concibe la sonrisa melancólica como «infinitud flotante», a la vez angélica y surreal:

Porque sólo los ángeles
esos no-seres
pueden consolarme aún.

En esa obra juvenil de Cioran, el amor humano obtiene la revelación de lo absoluto en la sensación más delicada de la piel, lo que lleva a un «estremecimiento místico» que trasciende lo natural en sobrenatural y lo secular o profano en sagrado o religioso.

Se trata de un eros místico que el joven rumano, hijo de un pope ortodoxo, experimenta sigilosamente en su soledad acompañada de ausencia simbólica. Podríamos hablar aquí, en consecuencia, de nihilismo místico o nihilismo simbólico, ya que un tal amor aniquila la entidad de lo real en nombre de lo surreal.

Esta posición sería paralela a la mantenida por M. Heidegger sobre que el ente y lo entitativo —los seres— resultan aniquilados en nombre del Ser, símbolo de la trascendencia inmanente o inmanencia trascendente.

Andrés Ortiz-Osés